



Soledad (?) de Jesús

Publicado en la Revista de 2000 por Dr. D. José Serna Massó.

En una de las etapas de uno de nuestros viajes turísticos surgió una controversia con referencia a la importancia, consideración, representación, dominio del hombre sobre la mujer y viceversa.

Como no podía ser menos dada la particular idiosincrasia de uno de los contertulios, por lo demás magnífico profesional, servicial, atento y considerado (me estoy refiriendo al conductor del autobús), la diatriba derivó casi exclusivamente a términos religiosos, y particularmente a pasajes de la Pasión, incidiendo en la preponderancia de algunos de sus personajes y la abulia y, aún, abandono de muchos de los que habían acompañado a Jesús en su peregrinaje doctrinal.

Intervine someramente en dicha amistosa discusión y me prometí indagar hasta donde me fuera posible en los escritos sobre la Pasión y, aprovechando esta magnífica revista, voy a exponer lo que he podido conseguir. Porque, efectivamente, ¿qué fué de los Apóstoles después de la Santa Cena y posterior prendimiento? ¿Dónde estaban los discípulos de Emaus? ¿Y las mujeres?.

Los cuatro Evangelistas coinciden en la relación de la Última Cena que Jesús tomó con sus discípulos (Mat.26,17; Mar.14,18; Luc.22,21-23 y Juan 13,22-30). La Pascua era para los israelitas su fiesta mayor, que duraba siete días. Fue instituida por Moises, recordando su exilio en Egipto (Ex.12), cuando en la noche, la ira de Yhavé, respetó las casa de los israelitas marcadas en su dintel con la sangre del cordero. No hay concordancia en las fechas de la cena: para los sinópticos la Cena tuvo lugar el Jueves, 14 de Nisán y Jesús murió el Viernes 15. Para Juan fue el 13 y la muerte del Maestro tuvo lugar el 14. Pero según los últimos trabajos de investigación se determina que la Cena auténtica, en el Banquete Pascual ocurrió en la tarde del jueves 6 de Abril y la muerte el día 7 del año 30 D.C. fecha legal de la Pascua Judía.

Pedro y Juan se encargaron de preparar el Cenáculo que estaba situado en la parte alta de Jerusalén y que pertenecía a Nicodemo, miembro del Gran Consejo del Sanedrín, pero fervoroso simpatizante del Profeta.

Durante la Cena Jesús anunció a los Apóstoles la traición, aún sin mencionar nombre alguno. Es San Marcos quien mejor dibuja el cuadro: "Mientras estaban a la mesa, comiendo, Jesús dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me va a



traicionar, el que come conmigo. Comenzaron a entristecerse y a decirle cada uno: ¿Acaso soy yo?" (Mc.14-18 y 19). También Judas lo preguntó: "Acaso soy yo Rabbi? Le respondió: Tú lo has dicho" (Mateo,26,25). Nadie lo oyó ya que Jesús no quiso levantar la voz para descubrirlo. Sólo Juan que estaba más cerca de Jesús que ninguno y a él se dirigió Pedro, haciendole señas, le dijo: "pregúntale de quién habla. Le preguntó: ¿Señor, quién es? Jesús respondió: es aquel a quien dé el bocado que voy a mojar". "Así lo hizo, dándoselo a Judas: "Entonces, tras el bocado, entró en él Satanás. Y Jesús le dijo: "Lo que vas a hacer, hazlo pronto". "Judas se marchó. Y anota San Juan: "Era de noche" (Juan 13, 23-30).

Terminada la Cena y "Recitado el Himno, salieron hacia el Monte de los Olivos" (Mateo 30-35). Se refiere el evangelista el Hallel o salmo de agradecimiento de Jahvé. Entraron en la finca Gethsemaní sólo ocho de sus discípulos, no hay datos de la ausencia del resto y de entre ellos Jesús seleccionó a solamente tres (Pedro y los dos hijos de Zebedeo) (Mateo 26,37) indicándole a los demás que se sentasen a descansar. Se llevó a sus discípulos más íntimos, los que habían sido testigos de hechos que no habían sido velados a los demás como la transfiguración o la resurrección de la hija de Jairo. A medida que se adentraban en el huerto Jesús se iba entristeciendo cada vez más por lo que ordenó a los tres que se quedasen y él se alejó un trecho. San Lucas especifica: "Y se alejó de ellos como a un tiro de piedra". (Lucas 22-41).

Durante la oración se supone que Jesús vió todos los sufrimientos físicos y morales que le esperaban, las humillaciones y la condena por parte de su propio pueblo, el pueblo elegido y el indecible dolor de su Madre Santísima, por lo que exclama: Padre, si es posible, pasa de mí éste Cáliz, más no se haga mi voluntad sino la tuya. Nadie le acompañó en esta enorme soledad. Siempre solo. Y es que incluso, cuando llegó a donde había dejado a los tres discípulos, los encontró dormidos: "Ni siquiera habéis podido velar una hora conmigo" (Mateo 26-40 y 41).

A continuación les dice a Pedro, Santiago y Juan, los únicos que aún le acompañaban: "Mirad ha llegado la hora, y el hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos; ya llega el que me va a entregar" (Mateo, 26,45).

Efectivamente se oyó un gran tropel de gente, precedido por Judas quien acercándose al Maestro lo besó diciéndole: "Salve, Rabbi", a lo que Jesús contestó; "Amigo ¡A lo que has venido!" (Mateo 26,49 y 50). "¿Con un beso entregas al hijo del Hombre?" (Lucas 22,48). Entonces la cohorte de soldados y los servidores de los judíos intentaron prender a Jesús y atarle, originando la única reacción de defensa por parte de los discípulos al preguntarle: "Señor ¿heriremos con la espada? (Lucas 22,41). Pedro se adelantó y sacando su espada golpeó a Malco, un criado del Pontífice cortándole la oreja (Juan 10,11). Jesús se lo reprochó, diciéndole: "Vuelve tu



espada a su sitio porque todos los que emplean espada, a espada morirán. ¿O piensas que no puedo recurrir a mi Padre y al instante pondría a mi disposición más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo entonces se cumplirían las Escrituras, según las cuales tiene que suceder así? (Mateo 26, 52-54). Y tocando la oreja del herido la restituyó sana (Lucas 22, 51).

Lo maniataron y entonces "todos los discípulos, abandonándole, huyeron" (Mateo 26,56). Huyeron porque a juzgar por las palabras dirigidas a los que fueron a prenderle, no iba a hacer nada para librarse de sus amigos, no iba a hacer uso del poder que ellos sabían que tenía; huyeron como el que reconoce una derrota y el fin de la causa en la que habían creído.

Vuelve Jesús a quedarse sólo perdiendo definitivamente uno de los discípulos, dado que Judas, arrepentido, fue a ver a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, devolviéndoles las treinta monedas cobradas por su traición, diciéndoles: "He pecado entregando sangre inocente". Pero ellos contestaron: ¿A nosotros, qué?. Tú verás". (Mateo, 27, 1-5). Y se fué, y se ahorcó.

No obstante la desbandada de los discípulos, cuando prendieron a Jesús, no fue general. Hubo dos que no se dispersaron: "Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús" (Juan 18,25). Le seguían, pero al parecer no juntos. Hay dos datos que permiten corroborar esta afirmación Uno es que tanto Mateo (26, 58) como Lucas (22, 54) aseguran que "Pedro le seguía de lejos. Pedro, no Juan y Pedro; otro es que no llegaron juntos a la casa del Pontífice; primero llegó Juan" que era conocido del Sumo Pontífice y entró con Jesús en el atrio" (Juan 18, 15), pero no con Pedro, que llegó después, cuando ya habían cerrado la puerta: "Salió el otro discípulo que era conocido del Sumo Pontífice, habló a la portera e introdujo a Pedro (Juan 18,15).

El resto de los discípulos, fuera, vagando por Dios sabe dónde.

Pedro, una vez dentro, dice San Mateo "se sentó entre los sirvientes para ver el desenlace (Mateo 26,58), alrededor de una hoguera que habían encendido porque, esa noche, hacía frío".

Y allí, en el atrio, es donde se supone que contactaron Pedro y Jesús vivo, ya que coincidió la salida de Éste desde la casa de Anás para dirigirlo a la casa de Caifás, con el canto del gallo; entonces el Señor se volvió mirando hacia Pedro, recordando éste lo que Jesús le había dicho durante la Santa Cena: "Antes de que el gallo cante hoy, me habrás negado tres veces" (Lucas 22,61).

Sólo hay constancia de una ligera ayuda al señor durante el trayecto hasta el Gólgota y es el que obligasen a Simón de Cirine, padre de Alejandro y Rufo, probablemente seguidores de Jesús, a transportar el palo horizontal de la cruz, o "patibulum", no la cruz entera como podemos contemplar en la mayoría de nuestras esculturas. Lo cita Lucas 23,26. Así mismo Lucas 23,27 cita una de las mujeres de



Jerusalén que acompañaba a Jesús camino del Calvario, apiadada del Señor y, contraviniendo las órdenes del centurión, se acercó a él y, con un pañuelo le limpió el rostro, quedando grabada la Santa Faz. El nombre de Verónica parece haber salido de la misma imagen (vera icon "imagen verdadera").

Según una tradición judía, recogida en el Talmud, se prohibía llorar por los condenados: sus crímenes no eran para despertar la compasión. Sin embargo, entre la multitud del pueblo que le seguía, había muchas mujeres que lloraban y se lamentaban por Él. Jesús volviéndose a ellas, les dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos, porque he aquí que vienen días en que se dirá: dichosas las estériles, y los vientres que no engendraron y los pechos que no amamantaron. (Lucas 23, 27-31)

No he encontrado cita del encuentro de Jesús con su Madre camino del calvario, pese a que San Lucas, que tanto se preocupa del papel de la mujer en el Evangelio, no lo menciona. Es San Juan el que da fé de la presencia de las mujeres junto a la Cruz: "Estaban de pie junto a la cruz de Jesús su Madre, y la hermana de su Madre, María de Cleotás y María Magdalena" (Juan 19,25).

También los sinópticos mencionan a algunas mujeres, pero después y es que tratándose de amigos o parientes, la ley romana permitía su presencia junto a los condenados, en tanto no se acercaran para ofrecerles socorros. En ese grupo estaba también Juan: "Jesús viendo a su Madre: Mujer he ahí a tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y, desde este momento, el discípulo la recibió en su casa". (Juan 19, 25-27).

La Virgen aguantó hasta el final esta trabajosa agonía, acompañándole en su sufrimiento, estando al pie de la cruz, como identificándose con su hijo y con la voluntad del Padre; quiso exponerse a la vista de todos como la madre de un ajusticiado; queriendo compartir la pública deshonra de su Hijo.

Lucas dice que los conocidos de Jesús y las mujeres que le habían seguido desde Galilea contemplaban las escenas de la muerte desde lejos (LE 23, 48 y 49). Fueran los que fueran los conocidos lo que sí sabemos es que entre ellos se encontraban Nicodemo y José de Arimatea, quienes se encargaron, una vez fallecido Jesús, de descolgarse de la cruz e ir rápidamente a pedir permiso a Pilatos para su enterramiento antes de que cumplierse el plazo de descanso sabático, como era la Parasceve. Tomaron el cuerpo de Jesús, lo envolvieron en lienzos, con los aromas, como es por costumbre por los judíos (Juan 19, 30-40), ayudando sin duda, las mujeres a prepararlo. Lo colocaron en un sepulcro nuevo, propiedad de José de Arimatea del que dice San Lucas "que nadie había sido colocado todavía", quedándose algunas mujeres, velando el cuerpo de Jesús, algún tiempo desde fuera "sentadas frente a la tumba" (Mateo 27,61).



Junta Mayor de Cofradías y Hermandades de Semana Santa de Albaterra

Efectuado el entierro se reunieron todos, con toda probabilidad en el Cenáculo, donde la Virgen comenzó, entonces, en aquella tarde del Viernes, a ejercer su maternidad entre los hombres, en la persona de aquellos hombres tan maltrechos y desmoralizados.

Los discípulos de Emaús permanecieron también reunidos ya que era imposible emprender el camino, por motivo del descanso sabático: y al terminar, al anochecer del sábado, no era momento de emprender, ya de noche, el camino hacia su aldea, de manera que permanecieron con los otros hasta el Domingo.

Camino de la aldea se les apareció Jesús. (Lucas 26-33).